

El mundo sin nosotros

Alan Weisman



El mundo sin nosotros

ALAN WEISMAN

Traducción de
Francisco J. Ramos Mena

www.megustaleerebooks.com

*En memoria de
Sonia Marguerite*

*con eterno amor
desde un mundo sin ti*

*Das Firmament blaut ewig, und die Erde
Wird lange fest steh'n und aufblüh'n im Lenz
Du aber, Mensch, wie lange lebst denn du?*

«El firmamento será siempre azul, y la Tierra
perdurará y reverdecerá en primavera.
Pero tú, hombre, ¿cuánto tiempo vivirás?»

LI-TAI-PO / HANS BETHGE / GUSTAV MAHLER,

La flauta china:

Canto báquico del dolor de la Tierra,

«La canción de la Tierra»

Prefacio

El koan del mono*

Una mañana de junio de 2004, Ana María Santi estaba sentada apoyada en una columna bajo una enorme marquesina con el techo de hojas de palma, observando con el ceño fruncido a un grupo de parientes en Mazáraka, su aldea, situada a orillas del río Conambu, un afluente del Alto Amazonas que discurre por tierras ecuatorianas. Con la excepción de los cabellos de Ana María, todavía abundantes y negros después de siete décadas, todo en ella hacía pensar en una vaina de leguminosa reseca. Sus ojos grises parecían dos pálidos peces atrapados en los oscuros remolinos de su rostro. En un dialecto mezcla de quechua y una lengua casi extinguida, el zápara, regañaba a sus sobrinas y a sus nietas. Solo una hora después del amanecer, tanto ellas como todos los demás habitantes de la aldea, con la sola excepción de Ana María, estaban ya ebrios.

El motivo para ello era una «minga», una reunión solidaria de amigos y vecinos para hacer algún trabajo en común, normalmente de carácter agrario. Cuarenta indios zápara descalzos, varios de ellos con el rostro pintado, se sentaban apretadamente en un círculo formado por largos bancos. Para preparar a los hombres antes de ir a rozar y quemar la foresta a fin de despejar una nueva parcela en la que el hermano de Ana María pudiera plantar mandioca, todos bebían chicha, litros y litros de ella. Incluso los niños sorbían cuencos de cerámica llenos del lechoso y amargo brebaje preparado a base de pulpa de mandioca, fermentada con saliva de las mujeres zápara, que mascan bolas de pulpa durante todo el día. Dos niñas con hierbas trenzadas en los cabellos pasaban entre la concurrencia relle-

nando los cuencos de chicha y sirviendo platos de gachas de bagre. A los ancianos y los invitados les ofrecían trozos de carne hervida, oscura como el chocolate. Pero Ana María Santi, la persona más anciana de todos los presentes, no tomaba nada.

Aunque el resto de la raza humana estaba entrando ya en un nuevo milenio, los zápara apenas habían iniciado la Edad de la Piedra. Como los monos araña de los que se creen descendientes, los zápara todavía viven básicamente en árboles, ya que atan troncos de palmera con tallos de bejuco para sustentar unos techos elaborados con frondas de palma. Hasta que llegó la mandioca, los palmitos constituían su principal alimento vegetal, mientras que obtenían sus proteínas pescando con red y cazando tapires, pécaris, colines y guacos con dardos de bambú y cerbatanas.

Aún siguen haciéndolo, pero queda muy poca caza. Cuando los abuelos de Ana María eran jóvenes, según cuenta ella misma, la selva les alimentaba sin dificultad, y ello a pesar de que los zápara eran una de las mayores tribus del Amazonas, con unos 200.000 miembros que vivían en aldeas desperdigadas a lo largo de los ríos. Pero luego ocurrió algo muy lejos de allí, y nada en su mundo —ni en el de nadie— volvió a ser igual.

Lo que ocurrió fue que Henry Ford descubrió el modo de fabricar automóviles en serie. La demanda de cámaras hinchables y de neumáticos no tardó en encontrar europeos ambiciosos dispuestos a remontar cualquier corriente amazónica que fuera navegable, apoderándose de las tierras ricas en árboles de caucho y de la mano de obra necesaria para explotarlas. En Ecuador contaron con la ayuda de los indios quechua de las tierras altas, evangelizados anteriormente por los misioneros españoles y contentos ahora de contribuir a encadenar a los paganos hombres zápara de la planicie a los árboles y hacerlos trabajar hasta reventar. Por su parte, las mujeres y niñas zápara, obligadas a actuar como hembras reproductoras o como esclavas sexuales, fueron violadas hasta la extenuación.

En la década de 1920, las plantaciones de caucho del sureste asiático habían socavado el mercado del látex suramericano. Los

pocos centenares de zápara que habían logrado esconderse durante el genocidio del caucho permanecían aún ocultos. Algunos de ellos fingían ser indios quechua, y vivían entre los enemigos que ahora ocupaban sus tierras. Otros escaparon a Perú. A los zápara de Ecuador se les consideraba oficialmente extinguidos. Luego, en 1999, después de que Perú y Ecuador hubieran resuelto una antigua disputa fronteriza, se encontró a un chamán zápara peruano caminando por la selva ecuatoriana. Según explicó, había ido hasta allí para poder conocer por fin a sus parientes.

Los redescubiertos zápara ecuatorianos se convirtieron en un notorio caso antropológico. El gobierno reconoció sus derechos territoriales, aunque solo sobre una franja de sus territorios ancestrales, y la Unesco concedió una subvención para reavivar su cultura y salvar su lengua. Por entonces, solo cuatro miembros de la tribu la hablaban todavía, y uno de ellos era Ana María Santi. La selva que antaño conocieron casi había desaparecido: de los ocupantes quechua habían aprendido a talar los árboles con machetes de acero y a quemar los tocones para plantar mandioca. Tras una sola cosecha, cada parcela había de dejarse en barbecho durante años, de modo que por todas partes la antigua bóveda de la selva había sido reemplazada por un arbolado de segunda formación integrado por largos y delgados retoños de laurel, magnolia y copal. La mandioca, ahora su principal alimento, era consumida durante todo el día en forma de chicha. Los zápara habían sobrevivido hasta el siglo XXI, pero habían entrado en él achispados, y así continuaban todavía.

Aún seguían cazando, pero ahora los hombres caminaban durante días sin encontrar tapires ni codornices. Al final habían recurrido a la caza de monos araña, el consumo de cuya carne había sido tabú para ellos. Ana María apartó de sí una vez más el cuenco que le ofrecían sus nietas —que contenía un trozo de carne, de color de chocolate, del que sobresalía por un lado una diminuta mano que carecía de pulgar— levantando el mentón para expresar su rechazo a la carne de mono hervida.

«Si nos rebajamos a comernos a nuestros antepasados —preguntó— , ¿qué nos queda?»

Aquí, lejos de las selvas y las sabanas de nuestros orígenes, pocos de nosotros nos sentimos vinculados a nuestros ancestros animales. Que lo hagan los zápara del Amazonas resulta realmente extraordinario, dado que la divergencia de los humanos con respecto a los demás primates se produjo en otro continente. Sin embargo, últimamente las palabras de Ana María han ido adquiriendo sentido para nosotros. Aunque no llegáramos a vernos empujados al canibalismo, acaso también nosotros hayamos de enfrentarnos a terribles disyuntivas conforme avancemos hacia el futuro.

Hace una generación, los seres humanos evitaron la aniquilación nuclear; con suerte, seguiremos esquivando esos y otros terrores colectivos. Pero ahora con frecuencia nos preguntamos si involuntariamente no estaremos envenenando o hirviendo a fuego lento el planeta con nosotros dentro. Asimismo, hemos usado y abusado del agua y el suelo, de modo que ahora queda mucho menos de ambas cosas, y hemos pisoteado a miles de especies que probablemente ya no reaparecerán. Nuestro mundo, nos advierten algunas respetadas voces, podría degenerar un día hasta convertirse en algo parecido a un solar baldío, donde los cuervos y las ratas acechen entre las malas hierbas para devorarse unos a otros. Si es ahí hacia donde vamos, ¿en qué momento las cosas habrán llegado demasiado lejos como para que, pese a nuestra cacareada inteligencia superior, ya no nos contemos entre los supervivientes que habrán sido capaces de resistir?

Lo cierto es que no lo sabemos. Cualquier conjetura en ese sentido se ve obstaculizada por nuestra obstinada renuencia a aceptar que ciertamente podría ocurrir lo peor. Puede que aquí nos veamos lastrados por nuestro instinto de supervivencia, perfeccionado a lo largo de eones para ayudarnos a negar, desafiar o ignorar cuales-

quiera presagios catastróficos a fin de que estos no nos paralicen de terror.

Si ese instinto nos engaña incitándonos a esperar hasta que ya sea demasiado tarde, eso es malo. Si sirve para fortalecer nuestra resistencia frente a los crecientes presagios, eso es bueno. En alguna ocasión, una descabellada y tenaz esperanza ha inspirado golpes de genio creador que han arrancado a la gente de la ruina. Probo- mos, pues, un experimento creativo: supongamos que ha ocurrido lo peor. La extinción humana es un hecho consumado. No por un desastre nuclear, la colisión de un asteroide o cualquier otra cosa lo bastante calamitosa como para barrer también todo lo demás, de- jando lo que haya quedado reducido a un estado radicalmente alte- rado. No por algún sombrío escenario ecológico en el que nos des- vanecemos agónicamente, arrastrando con nosotros a muchas más especies.

En lugar de ello, imaginemos un mundo del que súbitamente he- mos desaparecido. Mañana mismo.

Improbable quizá, pero digamos que no imposible. Imaginemos que un virus que ataca única y específicamente al *Homo sapiens* — sea de origen natural, sea el producto de una diabólica nanoinge- niería— nos quita de en medio, pero deja intacto todo lo demás. O que algún pérfido y misántropo genio del mal ataca ese único 3,9 por ciento de ADN que nos distingue como seres humanos, y no chimpancés, o perfecciona una forma de esterilizar nuestro esper- ma. O que Jesucristo —más adelante hablaremos de Él— o los ex- traterrestres vienen y se nos llevan a todos, ya sea a la gloria celest- ial, ya sea a un zoológico situado en algún lugar al otro extremo de la galaxia.

Miremos a nuestro alrededor, al mundo actual. Nuestra casa, nuestra ciudad. La tierra que nos rodea, el pavimento que pisamos y el suelo que se oculta debajo. Dejemos todo ello en su lugar, pero extraigamos a los seres humanos. Borrémonos a nosotros mismos y veamos lo que queda. ¿Cómo respondería el resto de la naturaleza si de repente se viera liberada de la constante presión que ejerce-

mos sobre ella y sobre los demás organismos? ¿Podría el clima volver a ser como era antes de que encendiéramos todos nuestros motores? ¿Y cuánto tardaría en hacerlo?

¿Cuánto tiempo haría falta para que se recuperara el terreno perdido y se restaurara el Edén al modo en que debía de resplandecer y de oler el día antes de la aparición de Adán, o el *Homo habilis*? ¿Podría la naturaleza llegar a borrar completamente cualquier rastro de nosotros? ¿Cómo desharía nuestras monumentales ciudades y obras públicas, y cómo reduciría de nuevo nuestros miles de plásticos y productos sintéticos tóxicos al estado de productos básicos inocuos? ¿O es que algunos de ellos son tan antinaturales que resultarían indestructibles?

¿Y qué sería de nuestras mejores creaciones: nuestra arquitectura, nuestro arte, nuestras numerosas manifestaciones espirituales? ¿Hay alguna de ellas realmente eterna, o al menos lo suficiente para durar hasta que el Sol se expanda y reduzca nuestra Tierra a cenizas?

E incluso después de eso, ¿sería posible que hubiéramos dejado alguna leve marca perdurable en el universo?, ¿algún eterno resplandor, o eco, de una humanidad terrestre?, ¿algún signo interplanetario de que una vez estuvimos aquí?

Para hacernos una idea de cómo seguiría el mundo sin nosotros, debemos dirigir nuestra mirada, entre otros lugares, al mundo que fue antes de nosotros. Pero no somos viajeros en el tiempo, y los registros fósiles apenas representan una muestra fragmentaria. Sin embargo, aun en el caso de que dichos registros fueran completos, el futuro no va a ser un reflejo exacto del pasado. Hemos empujado a algunas especies a una extinción tan absoluta que no es probable que dichas especies, o su ADN, vuelvan a reaparecer jamás. Dado que algunas de las cosas que hemos hecho probablemente son irrevocables, lo que quedaría en nuestra ausencia no sería el mismo planeta que habría sido en el caso de que, de entrada, jamás hubiéramos evolucionado.

No obstante, es posible que tampoco fuera muy distinto. La naturaleza ya ha superado antes peores pérdidas, y ha rellenado sus nichos vacíos. E incluso hoy día sigue habiendo unos cuantos lugares en la Tierra donde todos nuestros sentidos pueden respirar un vívido recuerdo del Edén que hubo antes de nuestra llegada, y que inevitablemente nos invitan a preguntarnos cómo podría florecer la naturaleza si se le diera la oportunidad de hacerlo.

Y dado que estamos dejándonos llevar por nuestra imaginación, ¿por qué no soñar también con un modo de que la naturaleza pueda prosperar que no dependa de nuestra desaparición? Al fin y al cabo, nosotros mismos somos mamíferos, y toda forma de vida participa de este vasto espectáculo. ¿No sería posible, pues, que, con nuestra marcha, alguna aportación nuestra perdida dejara al planeta un poco más empobrecido?

¿Sería posible que, en lugar de dar un enorme suspiro biológico de alivio, el mundo sin nosotros nos echara de menos?

PRIMERA PARTE

1

La persistente fragancia del Edén

Puede que el lector no haya oído hablar jamás de Puszcza Białowieża, el bosque de Białowieża. Pero si ha nacido en algún lugar de la franja templada que atraviesa gran parte de Norteamérica, Japón, Corea, Rusia, algunas de las antiguas repúblicas soviéticas, parte de China, Turquía, y Europa oriental y occidental —incluidas las islas Británicas—, es posible que algo en su interior sí lo recuerde. Si, por el contrario, ha nacido en la tundra o en el desierto, en los trópicos o en las zonas subtropicales, en la pampa o en la sabana, sigue habiendo lugares en la Tierra parecidos a este *puszcza* que despertarán también sus recuerdos.

Puszcza es un antiguo término polaco que significa «bosque primitivo». Extendiéndose a ambos lados de la frontera entre Polonia y Bielorrusia, las 200.000 hectáreas del bosque de Białowieża contienen el último fragmento que queda en Europa de la ancestral foresta virgen de llanura. Piense el lector en aquel brumoso y melancólico bosque que asomaba bajo sus párpados cuando, de niño, alguien le leía alguno de los cuentos de hadas de los hermanos Grimm. Allí, los fresnos y los tilos alcanzan más de cuarenta metros de altura, con enormes copas que dan sombra a un húmedo y frondoso monte bajo de carpes, helechos, alisos y setas del tamaño de fuentes de loza. Los robles, cubiertos de medio milenio de musgo, son aquí tan inmensos que los grandes picapuercos los utilizan para almacenar piñas de abeto en los surcos de sus cortezas, de casi 10 centímetros de espesor. El aire, denso y frío, está empapado de un silencio que solo se ve roto por el graznido del cascanueces, el gra-

ve silbido del mochuelo chico o el gemido de un lobo, para luego regresar a su anterior quietud.

La fragancia que emana a través de eones de mantillo acumulado en el corazón del bosque nos acerca a los orígenes mismos de la fertilidad. En el bosque de Białowieża, la profusión de vida le debe mucho a todo lo que ya está muerto. Casi una cuarta parte de la masa orgánica del suelo se halla en diversas fases de putrefacción: alrededor de 80 metros cúbicos de troncos y ramas caídas en descomposición por cada hectárea, alimentando a miles de especies de setas, líquenes, barrenillos, larvas y microbios que no están presentes en los ordenados y bien administrados bosques que en otros lugares pasan por selvas.

En conjunto, estas especies proporcionan una silvestre despensa que abastece a comadreas, martas cibelinas, mapaches, tejones, nutrias, zorros, linceos, lobos, corzos, alces y águilas. Allí se encuentran más tipos de vida que en ninguna otra parte del continente, y sin embargo no hay montañas circundantes ni valles protectores que formen nichos únicos de especies endémicas. El bosque de Białowieża es simplemente una reliquia de algo que antaño se extendía por el este hasta Siberia y por el oeste hasta Irlanda.

La existencia en Europa de tal legado de antigüedad biológica intacta se debe, como cabía esperar, a un privilegio especial. En el siglo XIV, un duque lituano llamado Ladislao Jagellón, tras haber incorporado con éxito su gran ducado al reino de Polonia, declaró el bosque coto de caza real. Y durante siglos permaneció así. Cuando la unión polaco-lituana fue finalmente asimilada por Rusia, Białowieża pasó a ser dominio privado de los zares. Aunque durante la Primera Guerra Mundial las fuerzas alemanas ocupantes cortaron leña y sacrificaron piezas de caza, hubo una parte del bosque que permaneció intacta, la cual, en 1921, se convirtió en un parque nacional polaco. El expolio de madera se reanudó brevemente bajo los soviéticos, pero cuando los nazis invadieron la zona, un fanático de la naturaleza llamado Hermann Göring declaró toda la reserva lugar vedado, excepto para su propio placer.

Después de la Segunda Guerra Mundial, un supuestamente ebrio lósiv Stalin aceptó una noche en Varsovia dejar que Polonia conservara dos quintas partes del bosque. Poco más cambió bajo el dominio comunista, salvo por la construcción de unas cuantas dachas de caza para la élite, en una de las cuales, Viskuli, se firmaría un acuerdo en 1991 por el que se disolvería la Unión Soviética dando paso a una serie de estados libres. Sin embargo, al final ha resultado que este antiguo santuario se ha visto más amenazado bajo la democracia polaca y la independencia bielorrusa que durante siete siglos de monarcas y dictadores. Los ministros responsables del patrimonio forestal de ambos países se han jactado de realizar crecientes gestiones para preservar la salud de Białowieza. Pero dichas gestiones a menudo han sido un eufemismo para designar la tala —y la venta— de viejos árboles de madera dura que, de otro modo, un día habrían proporcionado una lluvia de nutrientes al bosque.

Resulta asombroso pensar que antaño Europa entera tenía el mismo aspecto que el bosque de Białowieza. Entrar en él es darse cuenta de que la mayoría de nosotros nos hemos criado en una pálida copia de lo que la naturaleza planeaba. Contemplar saúcos con troncos de dos metros de ancho, o caminar entre hileras de los árboles más altos del bosque —gigantescas piceas greñudas como Matusalén—, debería parecer tan exótico como el Amazonas o la Antártida para alguien que haya crecido entre los relativamente insignificantes bosques de segunda que se encuentran por todo el hemisferio norte. Pero, lejos de ello, lo asombroso es lo primordialmente familiar que resulta; y asimismo, en cierto nivel celular, lo completo que resulta también.

Andrzej Bobiec supo reconocerlo al instante. Como estudiante de silvicultura en Cracovia, le habían enseñado a gestionar los bosques de cara a obtener la máxima productividad, lo que incluía eliminar el «exceso» de residuos orgánicos por temor a que estos albergaran plagas como los barrenillos. Pero luego, al visitar el bosque, se ha-